

Pilar Beltrán

Acto de conciliación, 2022

EN PROCESO

«CONCILIAR es poner de acuerdo o en paz a los que estaban en desacuerdo o en lucha.»

María Moliner

Villanueva de Viver es un pueblo fronterizo a caballo entre la Comunidad Valenciana y Aragón, un lugar de cruce de culturas donde, en sus orígenes, convivieron moriscos, judíos y cristianos. Me interesa ese carácter fronterizo y multicultural, con todo lo que ello implica, en cuanto a lugar de encuentro y confrontación, a la vez.

Buscando en el archivo histórico datos sobre su población, hallé varios documentos del Juzgado Municipal, entre los que hay cinco actos de conciliación fechados a comienzos de los años cuarenta, primeros años de posguerra... *Actos de Conciliación*. Me atraen estos documentos no solo por su carácter jurídico, sino también a nivel estético y poético.

Conciliar, ser capaces de acercar posturas y llegar a acuerdos está en la base de toda convivencia. Con esta idea en mente he ido tejiendo una propuesta a partir de lo escuchado y observado durante mi estancia. Las imágenes que la conforman están basadas en pequeños actos de conciliación, a partir de gestos cotidianos y elementos de la naturaleza, que de forma metafórica nos hablan de posibilitar la vida.

Villanueva de Viver
Alto Mijares, Castellón
diciembre 2021-abril 2022



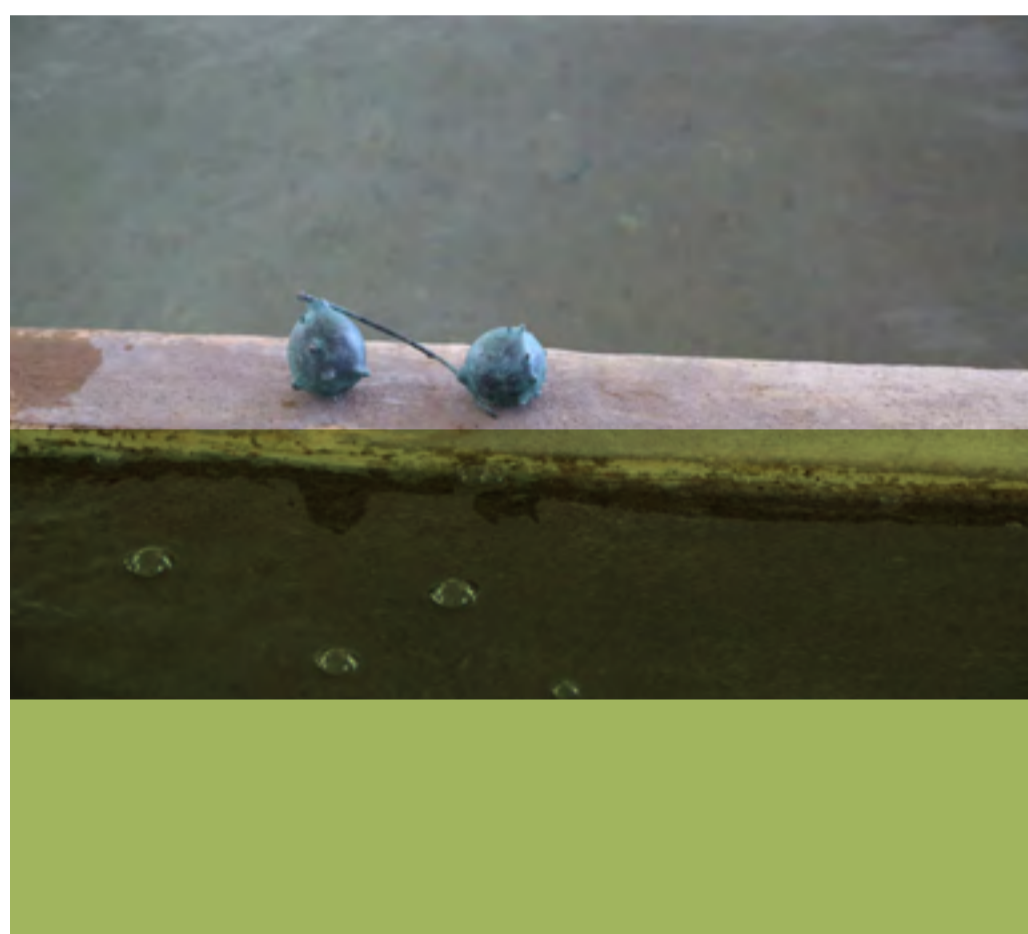


Villanueva es un pueblo sin río, que se abastece de un manantial cercano. Dos de mis trabajos anteriores reflexionan sobre la importancia del agua para la vida y cuestionan la mercantilización de este recurso natural y su entrada en bolsa en 2020, solo diez años después de ser reconocido el derecho al agua y al saneamiento como uno de los derechos humanos. Por eso, el agua como fuente de vida, me parece un buen punto de partida para arrancar este proyecto.

En mi primera visita descubro el lavadero municipal, un espacio público, situado en el centro del pueblo, muy cerca del bar, el ambulatorio y la tienda, que abrirá próximamente. Me gusta porque tradicionalmente es un lugar de reunión de mujeres que mantiene su presencia en el pueblo (otros como el horno, la tienda, la escuela, ya han desaparecido). El lavadero ya no huele a jabón, aunque me cuentan las vecinas que todavía lavan allí algunas veces. Está limpio y tiene un caño por el que sale agua cuando hay excedente en el depósito municipal. Recuerdo lavar con mi abuela y mi tía en el lavadero de mi pueblo y me viene a la mente el olor... ese olor de jabón de pastilla, de jabón de Marsella, jabón Lagarto, jabón Beltrán...

Desde el lavadero parte una ruta que conduce a la fuente de San Roque, manantial que determinó el lugar del asentamiento en sus orígenes, ya que los primeros moriscos canalizaron sus aguas para generar una zona de huertas que abasteciera a la población.

El camino hasta allí es muy agradable y conecta con un sendero circular que sube a los pinares;



y con otra ruta más corta que regresa hacia el pueblo, pasando por una zona de carrascas y robles cargados de agallas (*galas*, en valenciano). Las agallas son estructuras que desarrolla el árbol cuando un insecto deposita larvas en sus yemas o en sus hojas. Entre ellos se da una relación de comensalismo: el insecto se desarrolla dentro de la estructura que el roble crea para él sin que esto suponga ningún beneficio para el árbol (aunque tal vez sí hay un beneficio estético, ya que el roble se *engalana*).

Las agallas se presentan como una nueva metáfora de conciliación, por la cual, el grande cuida del pequeño. Son como casitas que el árbol prepara para su huésped y me hace pensar en las iniciativas municipales que se están llevando a cabo para adaptar las viviendas y facilitar así la vida de los vecinos más mayores.



En la actualidad, la propuesta sigue desarrollándose a través de la búsqueda de un vínculo entre las diferentes imágenes surgidas a lo largo del proceso y su adaptación de forma armónica en el contexto de Villanueva.

El agua que da vida, que purifica, y asociado a ella, el acto de lavar, limpiar y aclarar, dan pie a la creación de unos jabones que incluyen la inscripción «acto de conciliación», y se ofrecen al vecino y al visitante, como una invitación al diálogo.

La relación entre árbol e insecto se materializa mediante la reproducción de varias agallas de roble en bronce, como homenaje a esos árboles símbolos de fuerza y generosidad y a ese acto de conciliación natural. Esta parte del proyecto entronca, además, con una de las iniciativas de la asociación cultural, el Festival Boligana, dedicado a reivindicar el papel de los insectos y sus múltiples beneficios. Sus organizadores me hablaron por primera vez de las tintas ferrogálicas y su relación con las agallas. Estas tintas se utilizaban desde antiguamente y con ellas debieron de estar escritos los primeros documentos de la villa.



Pilar Beltrán (Castelló, 1969) compagina la creación artística con la docencia en la Facultat de Belles Arts de València (UPV). Sus proyectos se han presentado en numerosas exposiciones y forman parte de diversas colecciones.

Muchas de las series fotográficas, vídeos e instalaciones que ha producido desde finales de los noventa, se agrupan bajo el epígrafe *Other Journeys*. En ellas, Beltrán explora la idea de *viaje* desde muy diversas perspectivas: desde el viaje entendido como una aventura y búsqueda personal, a aspectos relacionados con el control territorial o las crisis de refugiados.

Sus propuestas surgen, a menudo, de reflexionar sobre lo más cercano para entender lo global, utilizando elementos (auto)biográficos para hablar de la experiencia colectiva.

El análisis de las noticias en los medios de comunicación y el control que estos ejercen sobre la información, la relectura de imágenes de prensa y la consulta de documentos de archivo como constatación de la recurrencia de los hechos de la historia, son otros elementos que sirven de arranque a sus obras.

Colaboradores en la producción:

Yugo Minami y Carlos Peris
Toni Tomás (fundición)
Jabones Pardo (Madrid)